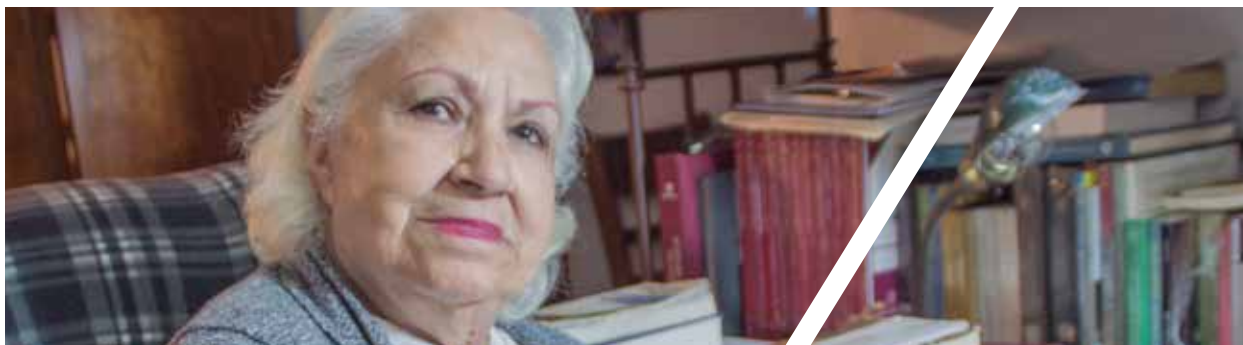




Como al principio el final es cuento de nunca acabar

Por Maricruz Castro Ricalde



Delfina Careaga es una escritora en toda la extensión de la palabra y ha hecho de esta competencia un oficio. No es una creadora de a poquito, por casualidad: alimenta su vocación escribiendo, transcribiendo, leyendo, corrigiendo textos propios y ajenos. Aunque su primera publicación apareció cuando tenía más de treinta años, desde siempre fue una narradora innata. En los relatos que ha dado a conocer, tanto de manera impresa como electrónica (a través de su página de Facebook), se recrea a sí misma como una niña curiosa, amada, sensible, enamorada de su padre, nostálgica de la madre que no conoció y, sobre todo, con una imaginación desbocada.

Muchas personas acuden a las presentaciones de sus libros, a sus charlas o a la lectura de sus textos convocadas por la magia de su palabra y lo entrañable de su persona. No abundaré, entonces, en sus antecedentes; esos que dan idea de esa vocación y ese oficio a los que me he referido: desde la narrativa literaria (cuentos, novelas, historietas), el ejercicio del pensamiento a través del ensayo, de ese género híbrido que es el guion literario hasta la dramaturgia. En todos y cada uno de esos modos de la escritura, Delfina Careaga ha sido aplaudida y reconocida. Obras como “Muñeca vestida de azul”, “La escritora” o *Una tal Raimunda* merecerían figurar en toda antología de cuento o de teatro que se precie de serlo.

En estas líneas me interesa escribir sobre un libro suyo que se fue cocinando con lentitud a lo largo de varios años. Se trata de *Como al principio el final es cuento de nunca acabar* (2018) y desde el título manifiesta su fe en el poder de la narrativa, en el espíritu lúdico que muchas veces imprime a sus historias, pero también es un guiño a una de las estrategias que figurará en algunos de los nueve cuentos que integran el volumen: la manipulación del tiempo, así como la ruptura de su noción lineal. Basta este recurso para intuir que de nuevo apelará a uno de los modos de contar más recurrentes en su obra: el del amplísimo rango de lo fantástico.

Curiosamente, propiciará la convivencia de la llamada literatura de la imaginación (como la ha denominado Alberto Chimal) con otra estrategia que, además, es una de las tendencias de la escritura contemporánea en Latinoamérica: la autoficción. Y digo “curiosamente”, porque así enlaza dos tradiciones que sólo son antagónicas en apariencia: por un lado, la de la imaginación desbocada que impone su propia lógica y la sigue hasta sus últimas consecuencias junto con cuentos en los que la autora se escoge a sí misma como protago-

nista, y, por otro, su recuerdo personal como garantía de verdad. Paso, entonces, a referirme a tres de los cuentos para hablar de ellos a través del filtro de ambos recursos narrativos. Pero para brindarles un apretado panorama de todo el volumen, y deseen leerlo íntegramente, adelantaré que los demás títulos que componen *Como al principio el final es cuento de nunca acabar* son una invitación a pensar nuestro mundo de otra manera, debido a la forma de combinar la fantasía y la realidad.

Al fundirse autora, narradora y personaje del relato nos encontramos ante una autoficción; es decir, leemos como si la protagonista fuera la autora misma. Esto ocurre con el texto brevísimo que cierra el volumen, “Cosas de tan poca importancia”; en él nos reencontramos con el universo familiar que Delfina ha tejido en otros momentos literarios. Desfila la maravillosa Tialí, la bondadosa abuela Mamanita, el protector Papabuelito y, por supuesto, el papá adorado al que por su trabajo sólo veía una vez cada seis meses. El tono evocativo y los datos referenciales (el zoológico de Chapultepec, las casonas características del centro ampliado de la ciudad de México) son útiles para leer esta pieza literaria como un artefacto de verdad y no de verosimilitud: “Esa mañana, Mamanita recibió de la sastrería el último traje que mi papá se había mandado hacer. Era gris claro con rayas blancas delgaditas delgaditas. Mis abuelos dijeron que era una preciosidad, que estaba muy bien cortado, que a él le

iba a gustar muchísimo. Yo los oía al parecer sin hacerles caso, ojeando una revista en donde una mamá enseñaba a coser a su hijita. Yo todavía no iba a la escuela porque apenas iba a cumplir los cuatro años” (p. 96). Desde ese momento intuimos qué ocurrirá con el traje y el papel que desempeñará la pequeña protagonista. Ella, desde un yo personal, íntimo, va guiándonos por el relato. Careaga, sin embargo, consigue un eficaz sacudimiento en quien la lee, pues su desenlace es inesperado y revela con fuerza singular la razón por la cual su padre (ese personaje construido, a través de la ficción) es objeto de sus afectos más profundos como desesperado es su deseo de permanecer a su lado.

“Sólo una tarde de juegos” es el título que abre el libro. En él parece distanciarse de la autoficción, al narrar desde un “ella”: “Lucía recordó la vez que mirando a su padre le preguntó con su voccecita de cinco años: “—¿De veras existe Diosito? —Y su papá, sonriendo, entre un tanto molesto y otro tanto divertido, le respondió: —¿Y cómo quieres que lo sepa, chamaquita?” (pp. 9-10). Al ser el primer cuento, quien aún no conoce el universo literario de Careaga no establece los vínculos familiares entre esa Lucía poseedora de una imaginación insólita, ese papá tan querido, la multitud de primos, la “familia [que] vivía en la parte vieja del centro de la ciudad”. Y mucho menos porque ahora la autora se encubre a través del personaje. Pero esto no se detiene ahí, pues a la mitad del relato, hay un cambio

de voz y comenzamos a escucharlo desde un “yo” que antes de llegar al desenlace nos comunica: “Bien. Casi he llegado a los ochenta años de edad, ¿y qué más pudiera decir de mi vida que terminará seguramente dentro de muy poco tiempo?” (p. 16). Es decir, la facilidad narrativa de Delfina Careaga es equiparable al del juego de una cámara cinematográfica que comienza mostrando a la niña Lucía, luego se va moviendo para acercarse a ella hasta culminar en una toma en la que caemos en la cuenta de que todo lo que se ha contado lo hemos visto, en realidad, a través de sus ojos. Transita de un punto de vista objetivo o uno totalmente subjetivo.

Por último, me referiré a uno de los títulos más logrados del libro, “Lucía”. Este personaje, que gracias al primer cuento nos ha remitido a la propia autora, juega con el pasado y el presente, a través de la historia de una niña que escucha la voz de una adulta que no es sino ella misma. Estos coqueteos entre realidad y fantasía se presentan en historias en las que a pesar de ser evidente la conciencia del carácter ficticio del “yo” son modeladas con la ambigüedad suficiente para “provocar la vacilación interpretativa del lector” (Alberca, 2007: 31-33). Y así, no hay certeza sobre si Lucía es Delfina o es un personaje inventado por ella o ambas opciones. Como vemos, utiliza la autoficción para acercarnos a la literatura de imaginación, término que rebasa a otro, el de la literatura fantástica, y cuya amplitud da cabida a temas, estrategias y modos narrativos



Fotos: Luis Ángel Velázquez Vega

que esta no abarca. Da pie para suponer la comodidad con que la autora se mueve en esos enclaves genéricos por su flexibilidad y su potencial para plantear más interrogantes que respuestas.

El espíritu de lo fantástico prevalece y es acentuado en este libro: dobles y vidas que se intercambian o son la misma, recuerdos de pueblos y casonas hoy abandonadas, descendientes de familias acomodadas que evaden la rutina a través de historias que piensan o que les cuentan a otros, tiempos paralelos e insólitos que se entrecruzan. Esta lista temática coincide con algunos de los intereses de Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila e Inés Arredondo, narradoras que preceden a nuestra autora y que también mostraron interés por los ambientes fantásticos y las tramas enigmáticas. Esta vertiente también la vincula con la obra corta de Elena Garro por el tono, los espacios y los tópicos. En suma, los relatos de Delfina forman parte de un cada vez más robusto cuerpo de textos que desarrollan diferentes expresiones de la literatura de imaginación en la narrativa mexicana y fortalecen una tradición de escritoras que siguen viviendo a través de libros como el que hoy reseño. Y una acotación postrera: debido a que este libro es publicado por el Gobierno del Estado de México es posible leerlo digitalmente, de manera gratuita; basta acudir a la página electrónica: <http://bit.ly/CEAPEDelfina>, e incluso puede ser impreso. Es sencillo, pues, disfrutar del torrente creativo de Delfina Careaga: una voz distintiva que ha habitado en el Estado de México, trabajado en la UAEM y en el servicio público desde hace décadas. 

Referencias

- Alberca, Manuel (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Careaga, Delfina (2018). *Como al principio el final es cuento de nunca acabar*. Toluca: Gobierno del Estado de México, FOEM.



Maricruz Castro Ricalde es profesora investigadora titular del Tecnológico de Monterrey. Miembro del SNI, nivel II, y de la Academia Mexicana de Ciencias. Titular de la Cátedra México de la Universidad de Brown (2013) y de la Cátedra América Latina de la Universidad de Toulouse (2019-2020).

